

tras no se pruebe claramente que fue reo (a). Reglas muy sólidas, y dignas de observarse no menos quando se trata de los Españoles, que de los Italianos. Mas ya es tiempo que veamos si el Abate Tiraboschi prueba claramente que Seneca es reo de los delitos que le acusa.

§. II.

Primer cargo contra Seneca, haber tenido parte en la muerte de Agripina.

Empieza Tiraboschi el proceso contra el carácter moral de Seneca (b), dando el primer lugar á las negras calumnias que profirió contra él, uno de los hombres mas perversos, lleno de despecho y desesperacion, por verse citado en juicio á responder de sus enormes excesos, por los que fui desterrado. Este era Suilo; que si leemos lo que dice Tacito, tanto en el imperio de Claudio, como de Neron, conoceremos que credito merecen sus acusaciones, y quán indignas son de trasladarse á la historia literaria. A estas siguen otras ficciones acumuladas por Dion, de quien refiere Tiraboschi, que es el primer historiador antiguo que ha hablado de Seneca, como de uno de los hom-

(c) Tom. 3. pag. 17.

(b) Tom. 2. pag. 147.

hombres peores que ha habido. Mejor diria que era el unico de los historiadores antiguos que habla de esta manera, y añadir, que Dion es un perverso calumniador, y que sus relaciones no pueden ni deben hacer fé. No lo niega; mas con todo, tiene por preciso enterar á sus lectores de que *Seneca fué, segun Dion, adúltero con Agripina, y con Julia, maestro de tiranía, adulador de la gente mas infame, y hombre lleno de lujo, y de codicia (a).* En seguida (notese qué exemplo tan singular de moderacion y de modestia) en seguida, dice que tiene por conveniente ocultar otros delitos infames que señala Dion. Bueno sería haber ocultado éstos tambien, que por cierto son harto infames; pero á lo menos hubierase contentado con esto, sin volver á manchar su historia con nuevas calumnias sacadas de la misma fuente, aumentando, que Dion asegura, que *Seneca exortó á Neron á que matase á su madre: que segun el mismo Dion, fué insaciable la codicia de Seneca; que sus usuras fueron causa de que se sublevase la Bretaña contra Neron: lo qual costó la vida á ochenta mil Romanos.* Asi queda al arbitrio de los lectores, el juzgar qué tales serian los otros delitos que se callan, si los expresados son tan graves. ¡Bello modo de obscurecer la fama de un personage tan ilustre!

Pero ya que protesta Tiraboschi, que no quie-

(a) Tom. 2. pag. 147.

quiere valerse de la autoridad de Dion, y que para exâminar el carácter de Seneca solo atenderá á Tacito, ó mas bien á las obras del mismo filósofo, tambien nosotros tendremos presentes estos documentos para vindicar su carácter moral. El primer delito enorme de que segun el historiador no es facil disculpar á Seneca, es haber cooperado en el hecho mas horrible que cometió el cruel Neron, qual fué la muerte de su madre Agripina. ¿Y qué pruebas nos presenta? Empieza con el testimonio de Dion, que dice positivamente que Seneca exôrtó á Nerón á este atentado: *pero no se crea á Dion, añade con fino artificio, el mismo Tacito cuenta, &c. (a)*. Quién no creerá que Tacito cuenta, ó que Seneca exortó al Emperador, ó que á lo menos cooperó en la muerte? pues ni uno, ni otro dice. No quiero se me crea sobre mi palabra; sino referir las mismas palabras de este historiador, para que puedan juzgar mejor los lectores.

El bárbaro Neron habia concebido la resolution detestable de matar á su madre Agripina; pero temiendo el odio universal por tan horrendo parricidio, determinó hacerla perecer en el mar, valiendose para esto del auxilio del pérfido Aniceto, que dispuso de tal suerte la nave en que debia embarcarse esta Princesa, que por un oculto artificio se desunieran las

(a) Tom. 2. pag. 148.

las tablas de aquella parte en donde debia ir, y de esta manera quedase sumergida. Todo esto se executó conforme estaba prevenido; mas no lograron su intento los conjurados, porque se salvó á nado por medio de uno de los que ignoraban la trama urdida. Esperaba su hijo á cada momento el suceso de esta empresa, y quedó atonito y como fuera de sí, quando oyó que su madre se habia salvado. Esta infeliz despachó inmediatamente á un liberto suyo, para dar aviso á Nerón, de que se habia escapado de un riesgo muy inminente. Tomó de esto motivo el parricida, para fingir que aquel mensagero era un asesino enviado por su madre, á fin de quitarle la vida. Agitado de mil furias, lleno de susto y de horror, despierta á Seneca, y á Burro, y les refiere el peligro en que se hallaba, si antes no prevenia el golpe con la muerte de su madre. Quedaron asombrados al oír tal propuesta, y su silencio fué la señal evidente de su turbacion. Veian por una parte, que sería ya inútil pretender desviar á aquel monstruo del intentado parricidio; y sabian por otra el humor de la malvada Agripina, que estaba ya manchada con la muerte de su marido y soberano, el Emperador Claudio: recelando prudentemente, que si descubria las exécrables intenciones de su hijo, procuraria el modo de anticiparse. A causa de ésto, perplexos, y confusos enmudecieron; pues temian igualmente aprobar un parricidio, que poner en riesgo la vida de su Soberano.

Seneca, que hasta entonces habia sido el mas pronto en aconsejar, se volvió sin hablar palabra á Burro, y fijó la vista en él, casi preguntandole si se debería mandar á los soldados que la quitasen la vida (a). A esto se reduce lo que de Seneca cuenta Tacito, respectivo á la muerte de Agripina: es decir, un perfecto silencio, y un fijar la vista en Burro. No una palabra, una señal, ni una mirada á Neron que pueda interpretarse como exórtacion al parricidio. Y quando aquella mirada á Burro quisiera significar lo que Tacito pretende inferir, ¿era por ventura otra cosa, que preguntar virtualmente á Burro qué se debería hacer en aquel apuro? Pero que Seneca quisiera mas presto decir lo que Tacito imagina, que manifestar á Burro su horror con aquella confusa mirada, su embarazo y perplexidad, no tenemos fundamento para afirmarlo. Es de advertir tambien, que la opinion comun, y en que conviene hasta el mismo Tiraboschi, es, que Tacito se figura muchas veces los fines é intenciones que no tubieron nunca las gentes, deseoso de ostentarse profundo indagador de los animos, y pensamientos (b).

Pero sea como quiera, la intencion de Seneca en volver la vista á Burro, no por eso debe interpretarse por una exórtacion hecha á Neron para el parricidio. Y no diciendo Tacito otra

(a) Tacito lib. 14.

(b) Tom. 2. pag. 125.

otra cosa que el silencio, y la mirada, muy mal se prueba con su testimonio, que Seneca cooperó en la muerte de Agripina. No se debia esperar este proceder en un sugeto como el Abate Tiraboschi, que se manifiesta tan delicado y escrupuloso, quando se trata de quitar la fama á alguno ó de acusarlo de un delito atroz, que aun teniendo delante los instrumentos que lo confirman, nos aconseja: *reflexionar que se escriben muchas cosas, se divulgan, y llegan á creerse, siendo en la realidad falsas* (a). ¿Es posible que quien pretende tanta cautela en dar asenso á los delitos ajenos, siempre que se habla de acusaciones hechas á algun Italiano, ha de ser tan facil en creer lo malo quando se trata de algun Español, que no solo dé crédito, sino que suponga ó se presuma lo que no han dicho los AA.?

A lo menos dice Tiraboschi, Seneca aprobó con su silencio un delito tan grave: mas yo digo lo contrario, que su silencio en las expresadas circunstancias lejos, de ser aprobacion, fue una clara, aunque tacita desaprobacion del intento de aquel Príncipe. Este monstruo de la humanidad, á pesar de sus maldades, debia Seneca considerarlo como su legitimo Soberano. Esto supuesto, respondase á esta proposicion. Un Monarca que se presenta á un ministro, y consejero suyo, y lleno de

(a) Tom. 3. pag. 15.

turbacion le dice; que su vida está en peligro cierto; que ha sido acometido de un asesino, enviado por orden de otro: que no halla medio de salvarse sino previniendo el golpe, y dando la muerte á quien acecha su vida; y sobre todo, que busca en él consejo para la seguridad de su persona. Si el ministro se mostrase sorprendido de la resolucion tomada por su Soberano; si guardára un profundo silencio, y sin contextarle volviera la vista á otro lado, ¿se persuadiría el Príncipe que aprobaba su determinacion? el hombre menos advertido que estuviera en aquella junta, diria, que el silencio misterioso del ministro, la desaprobaba y aun reprehendia.

No esperaba por cierto Neron este silencio en Seneca, ni en Burro, ni hubiera quedado muy satisfecho de estos consejeros, si el segundo hubiera callado con tanto teson como el primero; pero despues de haberse excusado de mandar la execucion de la muerte de Agripina á sus soldados, por demasiado afectos á la sangre de los Césares, dijo, *que supuesto que Aniceto habia comenzado la obra, podria concluir la, y executar lo que habia ofrecido.* Inmediatamente tomó Aniceto á su cargo la exécrable empresa; y Neron, aquel mismo Neron que quedó mudo y turbado á vista del silencio de Seneca, mostró luego la alegria en su rostro, y cobrando nuevo aliento con las palabras de Burro, y de Aniceto, exclamó; *¡Hoy me haceis de nuevo Emperador de Roma! Vé, Aniceto, perfec-*

fecciona la obra, y serás remunerado largamente (a). Luego no fué el silencio de Seneca el que interpretó Neron como aprobacion de su maldad, sino el consejo de Burro de valerse de la persona del perverso Aniceto. Con todo eso, no se le reconviene á Burro de haber faltado á la severidad de sus costumbres, ni por esto fué menos íntegro; asegurando Tacito (b), que lloró su muerte todo Roma, á causa de la memoria de sus virtudes.

Podrá replicar Tiraboschi, que no bastó el no aprobar con el silencio, el feo atentado de Neron; pues la gratitud debida á Agripina, pedia una desaprobacion expresa, y eficaz: *Seneca, despues que Neron dió el decreto fatal, no dixo palabra para separarle de tan bárbaro designio (c).* Concedo que no habló palabra para impedir el hecho: sin embargo que no hay mas fundamento para esto, que el silencio de los historiadores; lo qual no debe bastar, segun el Señor Abate, quando se trata de infamar á alguno: pero creo firmemente, que la gratitud debida á Agripina, no le obligaba á una desaprobacion manifiesta con prudente peligro de su desgracia, y aun de su vida. No es menester considerar otra cosa, que el genio de Neron, y sobre qué asunto consultaba á sus consejeros pa-

(a) Tacito lib. 14.

(b) Annal. lib. 14.

(c) Tirab. tom. 2. pag. 148.

para juzgar por muy prudente este temor en nuestro filósofo.

Quien consultaba era un Príncipe, que llevaba en la frente con la autoridad de soberano, la ferocidad de un monstruo, y las señales de un intentado parricidio; salpicadas las manos con la sangre mas ilustre de Roma, y aun con la Imperial. Hombre por extremo receloso, que sospechaba siempre conjuraciones contra su vida, en los que tenia mas inmediatos á su persona, y á quien bastaba una ligera sombra para condenar á muerte al mas inocente. La consulta es sobre la muerte de su madre, á la que cree conspirada contra su propia vida; y la juzga capaz de este depravado intento, como ya lo habia executado en su marido, y soberano Claudio.

Podia temer prudentemente Seneca, que el desaprobador con resolucion la muerte de Agripina, y procurar la seguridad de ésta, á quien el mismo Neron acusa de conjuracion contra su vida, le haria sospechoso de cómplice en la misma conjuracion, y le expondria á un riesgo manifesto de perderse él, y no salvar á la Emperatriz. Mas leve sospecha bastó despues para quitar la vida á nuestro filósofo. Para esto no hubo otro delito, como refiere Tacito, que haber sido falsamente acusado, de que se interesaba con empeño por la vida de Pison, que se decia conspirar igualmente que Agripina, contra su Príncipe. Esto fué bastante para reputar á Seneca cómplice en la conjuracion Pisoniana.

Jus-

Justamente pues debia temer, si á presencia del Emperador hubiera mostrado á las claras su deseo de salvar á Agripina, acusada por su mismo hijo.

¿Y podrá pretenderse que la gratitud obligara á Seneca á sacrificar su propia vida aun sin esperanza de librar la de aquella Princesa, pues como dice Tacito *ne irriti dissuaderent* (a)? Es constante, que Seneca estaba obligado á Agripina; pero lo estaba tambien á Neron, no solo por reconocimiento como á su generoso bienhechor, sino mucho mas como á su legitimo Príncipe: título que le hacia mirar por sagrada su vida, no obstante todas las crueldades de su ferocidad. Y acaso no fué prudente el temor de Seneca, y de Burro en sentir de Tacito, hallandose ya las cosas en un estado, en que el salvar á Agripina fuera lo mismo que perder á Neron? Ninguno penetraba mejor que los dos hasta donde podia llegar la indole perversa de aquella Princesa. Sabian muy bien quanto les habia costado contener la inhumanidad de esta atrevida muger; por lo que dice Tacito: *Certamen utrique unum erat contra ferociam Agrippinæ* (b). Diremos despues de esto, que por haber escrito Seneca sobre la gratitud, en sus preciosos libros de los beneficios (con lo qual le reconviene el autor de la historia li-

(a) Tacito lib. 14.

(b) Lib. 13.

teraria) estaba en precision de mostrarse reconocido á Agripina, aun á costa de la vida de su Soberano? No crea que se encuentre tal doctrina en los dichos libros.

Pero permitamos que Seneca debió hablar abiertamente con peligro de su vida, para separar á Neron de su cruel intento. Asi lo pedía la gratitud á Agripina: faltó en ello; fué un ingrato: es cierto. Sin embargo, afirmo que no por eso dejó de ser un filósofo gentil de muy honrado proceder. Para que lo sea así un gentil, no es menester elevar su virtud hasta el heroismo, propio del espíritu de nuestra religion Cristiana. Si una filosofía pagana pudiera inspirar tal virtud en el ánimo del hombre, que le hiciera capaz de resistir cara á cara á los mas crueles tiranos; de mostrarse intrepido delante de los Neronés, y desaprobando sus determinaciones iniquas, despreciando su misma vida, por no faltar á la virtud del agradecimiento. Si esto hiciera, ¿en qué se distinguiria de la gracia triunfadora de Christo? Sola esta es la que puede infundir aquella fortaleza celestial, con que sus heroes se presentaron delante de los mas fieros tiranos, les reprehendieron sus crueldades, y expusieron llenos de gozo su vida por mostrarse gratos á aquel Dios, que sacrificó antes la suya por ellos. Este mismo Dios pelea en su ayuda, y les promete darles palabras para responder á los tiranos. ¿Querrémos hallar esta constancia, esta fortaleza, esta intrepidez en un pagano? ó del defecto de ella concluiremos, que

que no fué de honrado caracter? Estas objeciones serán muy buenas, quando se quiera formar el proceso para la beatificacion de Seneca, mas no quando se trata de suponerlo un pagano honrado.

Las mismas pueden disculparle, de haber dictado la carta que Neron escribió al Senado, para justificarse de la muerte de Agripina, en la que imputa á ésta sus graves delitos. En primer lugar: es natural que Seneca, así como no aprobó el intentado parricidio, procurase tambien excusarse de componer esta carta; pero no le era facil conseguirlo sin exponerse mucho á la furia de Neron. Este malvado no era capaz en dictamen de Tacito (a), como otros Emperadores, de componer por sí las oraciones que recitaba en el senado, ni las cartas que escribia, y así se valia de la habilidad de su maestro: por tanto, es muy verosimil, que en esta ocasion, en que mas que nunca le importaba escribir al senado, de forma, que se mantuviese en el trono, hiciese todos los esfuerzos de su autoridad soberana, para obligar á Seneca á componer la dicha carta. Con que debemos suponer, que se vió en el estrecho, ó de dictar aquella defensa de su Príncipe, ó de resignarse á toda la indignacion de su furia. Entonces ya no se trataba de salvar á Agripina; pero salvó en lo que pudo su estimacion, porque nada dixo de ella en nombre de

(a) Annal. lib. 13.

de Neron, que no supiesen todos los de Roma. Tuvo la prudencia de omitir varias cosas que eran demasiado públicas. Ni parecía razon abandonar á su soberano al furor del pueblo, y á la indignacion del senado, hasta el punto de verlo arrojado del trono, y arrastrado por las calles, por mostrarse agradecido á Agripina, y á este mismo tiempo ingrato á Neron, á quien no estaba menos obligado. Tampoco basta, para decir que aprobó, y defendió un parricidio, el haber dictado á su Príncipe el modo de disculparse despues de haberlo cometido. Quizá podria mas bien hacersele cargo porque puso en boca de éste una confesion de su crimen, puesto que por tal fué reputada, segun dice Tacito la expresada carta: *quod oratione tali confessionem scripsisset* (a).

En vista de esto no es tan difícil, como le parece á Tiraboschi, disculpar á Seneca de haber tenido parte en el hecho mas horrible que cometió Neron, qual fué el de quitar la vida á su madre. Mas facil le hubiera sido la defensa que á mí, si hubiera querido emplear su admirable eloqüencia en favor de este filósofo Español, como la ha empleado en defender á Casiodoro de una acusacion semejante: no siendo peor la causa de aquél, que la de éste, aunque lleve al otro la ventaja de haber logrado un apologista mas valiente.

§. III.

(a) Annal. lib. 14.

§. III.

*Parangon de Seneca con Casiodoro,
pretendido reo de un delito semejante,
y de los dos acusadores de en-
trambos personajes
célebres.*

El mismo autor de la historia literaria de Italia, que tan solícito se ha mostrado en pintar á Seneca reo en la muerte de Agripina, defiende con igual teson á Casiodoro, pretendido reo en la muerte de la Reyna Amalasunta. No repruebo en esto su conducta, antes la tengo por muy laudable, tratandose de una persona á quien tanto deben las letras Italianas. Por la misma razon puedo esperar, que no seré censurado del docto autor, si á su exemplo he tomado la pluma por un hombre á quien le son deudas la literatura Española, y la Italiana. Ciertamente se admirará qualquiera que lea con atencion la referida historia, al ver que siendo bastante parecidas las causas de estos dos grandes hombres, sea el uno declarado inocente por el mismo autor, por quien es condenado como reo el otro; y que se quieran imputar al acusador de Casiodoro ciertos defectos, no leves, en que el mismo escritor incurre quando se hace acusador

Tom. I.

K

de